

suspiro, — yo presagio con toda mi alma que cuantos aquí estamos concluiremos por ser víctimas de Nerón.

— No digas esas especies, Pola, no las digas; su divulgación puede costarte muy cara.

— Como que puede costarle la vida — exclamó Persio.

— Y á todos los que aquí estamos sin excepción — añadió Lucano.

— Creedlo: Nerón participa de nuestras ideas, en medio de sus desórdenes intelectuales y morales.

— ¿Crees tú, Séneca, lo crees que puede ser como yo un republicano neto, él, un príncipe imperial?

— No te diré que pueda, Lucano, ser un militante como tú — dijo Séneca.

— ¡Ya lo creo — le observó Persio al filósofo, — ya lo creo! Si fuera un republicano militante, como todo en el mundo se halla hoy á su arbitrio, sería Nerón un republicano triunfante. Con un decreto restablecería la República.

— No soy del sentir de Persio — dijo Pola.

— ¿Por qué? — le preguntó Lucano, que oía como un oráculo á su hermosa é inspirada mujer.

— Porque la República nace de un conjunto de costumbres y otro conjunto de ideas perdidas ya en la Ciudad Eterna.

— Pues bien infundó yo ideas republicanas en mi discípulo — dijo Séneca, defendiéndose de las observaciones hechas tan atinadamente por su amada sobrina.

— No lo dudo, Séneca, no lo dudo: le infundirás ideas republicanas, pero no vida republicana; creencias republicanas, pero no costumbres republicanas.

— Aquí todos creemos en la República — dijo Persio, corroborando el pensamiento de Pola, — ninguno la practicamos.

— Pues mirad, voy á deciros una cosa: como Lucano vuelve su atención á la muerta República romana, vuelve la suya Nerón á la muerta República griega.

— Para divertirse — dijo Lucano — con sus artes; no para fortalecerse y acerarse de ningún modo en sus instituciones.

— Pues así como combato el empeño suyo de cantar en Grecia, defiendo y sostengo el empeño suyo de aprender en Grecia ideas

filosóficas y políticas — dijo Séneca. — La mujer que ha presentado Pola cual un modelo, hizo mal en combatir la tendencia de los Escipiones á helenizarnos y peor todavía en sostener aquella enérgica intransigencia de Catón el Censor, en virtud y por obra de la cual tendencia se hubieran petrificado nuestra Roma y su República.

— ¡Lástima grande, Séneca — observó la inteligente sobrina, — que Roma no llegase á tanto esplendor y no se viese tras sus victorias en comunicación estrecha con todo el mundo, sino á precio de sus virtudes y de su honor! Después de lo mucho que trabajara el mundo antiguo, no había utilidad alguna para el género humano en que todos estos trabajos á una se perdieran y frustraran. La familia con tantos esfuerzos fundada por los dorios, las escudriñadoras lecturas del cielo tan perfectamente acabadas por los caldeos, aquella moral egipcia en que latía tan vivo el sentimiento de la inmortalidad, los progresos conseguidos en las artes y en las ciencias por el pueblo helénico, las instituciones y la sabia legislación de tantas ciudades como brillaban á uno y otro lado y á todo lo largo del revelador Mediterráneo, no debían perderse, tanto más, cuanto que se hallaban en el caso de salvarse con vigor, sin obscurecer las conciencias y sin pervertir las costumbres. Ciertamente que había la civilización oriental y helénica llegado á Roma cuando ya estaban las dos en su decadencia, y cierto que las civilizaciones decadentes pudren á los pueblos puestos en contacto con ellas. Pero había que proceder en términos capaces de traer las mejoras naturales extraídas á una de los antiguos pueblos, sin ofender al nombre romano y menos cancerar la medula de aquella fuerte y robusta organización histórica. Un partido había, compuesto de hombres superiores como los Emilios y como los Lelios, que aspiraba á la consecución y logro de tal fin. En este partido se hallaba Cornelia, más inclinada, como ya he dicho, á las costumbres de los enemigos de su gente, á los catonianos, que á las costumbres de su propia y natural familia, los orgullosos Escipiones, aunque siempre partícipe de sus ideas helénicas. Cornelia contaba que sus abuelos, con ser tan viejos nobles y tan altos aristócratas, solamente habían tenido humilde tugurio en Roma y corto campo en las cercanías, viviendo consagrados á las austeridades más rudas. Lo que deseaba y pedía

Cornelia era que se tomase del Oriente y Grecia el arte con la filosofía, pero no las tradiciones y las costumbres. Dondequiera que veía un maestro del viejo saber, lo captaba para sus hijos, con tal que ofreciera una vida íntegra y pura. Lo que no quería, no, era el retórico acostumbrado á defender todas las causas con igual elocuencia; el sofista gréculo, comentador indiferente y escéptico de todas las ideas; el sacerdote orgiástico y voluptuoso, que mezclaba el más grosero sensualismo á su liturgia y á su culto; el quiromante decidor de horóscopos engañosos vendidos á dinero en públicas almonedas; el bailarín y el histrión y el sicofanta, que fomentaban el vicio en los demás porque cedía en provecho propio. Cornelia tomaba de Grecia las ideas despedidas y evaporadas con tantos aromas de aquella incomparable ánfora, y daba de mano á todas las corrupciones traídas por su descomposición inevitable, que iba materialmente corrompiendo también á Roma con su perverso contacto. Presentóse un día en casa de Cornelia joven matrona, muy pagada, en su vanidad y belleza, de las joyas que tenía y de los arreos que llevaba. La conversación giró sobre los nuevos usos traídos de Grecia y sobre los nuevos trajes á la sazón aquella en boga extraordinaria. La joven romana encarecía sus mixturas, sus pomadas, sus afeites, los múltiples adornos que á cada paso le granjeaba el marido, las joyas, las muchas joyas de su ajuar, tantas por su número y tan ricas por su materia que componían un verdadero tesoro. Cornelia, despegadísima por su temperamento y por su educación de todas estas nonadas, correspondía en su diálogo con la conversación mantenida por su visitante, más no quería darle pábulo y mudaba con arte y saber de objeto y asunto. Pero la matrona resistíase á mudar de conversación é insistía con empeño en el relato de sus galas. Dejóla, vista su insistencia, Cornelia que fuera por donde quisiese á su arbitrio en aquel impertinente coloquio, y cerró, á guisa de muda, su boca. En tal estado la interlocutora dejó el propio discurso y se consagró á no menos importunas y no menos impertinentes interrogaciones que su anterior conversación. En este interrogatorio le preguntó cuántas joyas ella tenía, y le dijo Cornelia que varias, en respuesta. No demandaba más la gárrula patricia, y en seguida requirióla con porfía para que se las enseñase con franqueza. Cornelia, en efecto, abrió una puerta y

enseñó sus hijos. Este rasgo pinta la complexión de mi modelo, Séneca. Muy dada por la sangre que discurría en sus venas á los altos goces de una vida superior y á los altos empeños políticos, trataba de dominar en la sociedad, sí, pero por medio de su familia, de sus hijos, de su esposo, de su hogar, escuela para enseñar las ideas que aún podían esclarecer las ciencias, estadio para ejercer las virtudes que aún podían defender y prosperar á Roma. Hija de un extraordinario héroe, á quien le había tocado vencer al feroz y terrible cartaginés, engendro del Africa, quien, rodeado por trescientos mil hombres, á los cuales fascinaba, se puso de un salto sobre Roma, después de haber quemado cuatrocientas ciudades ó latinas ó aliadas, Cornelia debía, por afectos hereditarios, por altísimas de pensamiento adquiridas en su comercio y trato con las gentes superiores, continuar todos estos grandiosos ejemplos y contribuir con los recursos y medios propios de su sexo al esplendor de su patria. Aunque la presencia en su casa paterna y la educación de su heroico padre le sugirieran ciertos varoniles pensamientos, Cornelia sabía bien que le tocaba influir en Roma por medio de los suyos, de su gente, cual nosotros llamamos á la familia.

— Pero ¿cómo querer, Pola, que suceda todo esto en una sociedad cual la sociedad romana, donde las mujeres traen de Grecia los adornos para su vestido, los músicos para sus festejos, los candeleros para sus joyas, pero ni una sola idea, ni una sola para sus entendimientos?

— Pues he ahí, lo que yo quiero — dijo Pola, — cambiar las mujeres, para que las mujeres cambien la sociedad.

— Pues para cambiar las mujeres — observó Persio — tienes tú, Pola, más medios que ninguna otra romana.

— ¿Cuáles medios? — preguntó á Persio Pola.

— ¿Y lo preguntas, Pola?

— ¡Vaya si lo pregunto!

— Pues tienes la respuesta en tu pensamiento, digan lo que quieran tus labios.

— Explicate.

— Después de la religión, el arte domina en el corazón de la mujer.

— Verdad.

— Y entre las artes ninguna tan poderosa como la poesía sobre tu sexo.

— Verdad también.

— Pues siendo esto así, dile á tu esposo que cante las mujeres del tiempo republicano, y verás cómo regeneras la mujer del imperio tan corrompida, convirtiéndola en una mujer verdaderamente republicana é impulsándola con tu inspiración y con tus versos á educar en el amor hacia la libertad á sus hijos.

— Del mismo parecer de Persio me siento penetrado — exclamó Séneca. — La política no puede cambiar las creencias. No pueden ir las leyes contra las costumbres. Pero la filosofía por un lado cambiando la conciencia, y por otro lado la poesía cambiando el sentimiento, pueden muy bien cambiar el espíritu, y con el espíritu á su vez se cambiará la sociedad. Y como el alma de la mujer es á todas las impresiones tan fácil y á todos los influjos tan dispuesta, de seguro habrás cambiado la servidumbre odiosa en libertad, si en ideas de libertad educa sus hijos.

— Tenéis razón los dos, Persio y Séneca, los dos. Me duele no ser un Virgilio, pues de serlo, intentara despertar los héroes que asistieron á la República en su nacimiento y los héroes que acompañaron á la República en su muerte, para glorificarlos, si es que mis versos pueden añadir ni un átomo á sus glorias.

— Mucho puedes hacer — dijo Persio, — pues tanta inspiración tienes como Virgilio. Sobre todo no te olvides, Lucano, en modo alguno de las mujeres que han defendido y prosperado la libertad.

— No me olvidaré — dijo Lucano, — y no me olvidaré de tu heroína y de su tiempo. Cual observa en su libro célebre *De Orígenes* Catón el Censor, las matronas, muy sometidas á la tutela marital por las leyes, dominaban por las costumbres con su autoridad y con su poder femeniles á todos sus esposos. Enemigo como buen patricio rural de las innovaciones, oponíase á reformar las viejas leyes en pro de las mujeres y sus derechos, reforma propuesta por muchos, aduciendo el insoportable poder alcanzado bajo una legislación rigurosa y muy propenso á tocar en tiranía siempre, pero mucho más en el caso de aflojarse y perderse las viejas leyes. Casada Cornelia con el patricio Sempronio, por medio de Sempronio usó de su natural influencia. Modesto el marido, equilibrado en sus

facultades como todos aquellos en quienes el genio no suele brillar, ejerció los cargos civiles y militares con rigurosa moderación y cumpliendo todos sus deberes. Acostumbrada la matrona excelsa por su educación á mayor influencia, no humilló nunca la dignidad natural de su marido, y aguardó con calma, pero con perseverancia, de la maternidad, el influjo no logrado en su modesto matrimonio. La hija del inmortal Escipión no pudo conseguir que la llamaran en su tiempo esposa de Sempronio, y se consagró á que la designasen por siglos de siglos con este nombre: madre de los Gracos. Y así ha pasado á la historia. Sempronio se debió inclinar siempre al partido plebeyo y á las ideas democráticas. Por consecuencia, Cornelia, nieta de patricios, hija del Africano, mostró todo lo que amaba en su corazón al marido, cambiando ideas tan arraigadas y parecidas á una vieja liturgia por sus nuevas radicales ideas. No turbó el más ligero disgusto ni la contrariedad más mínima tan sólido amor. La tradición refiere que, habiendo encontrado una vez los esposos dos culebras en su cama nupcial, recurrieron á los augures á fin de saber bajo sus auspicios el sentido y significación de tales augurios. En las arraigadas supersticiones clásicas recibían el carácter y el ministerio de agoreros casi todos los animales, de quienes imaginaban que solían servirse los dioses para sus sugerencias y sus anuncios. Aconsejaron los arúspices matar una de las serpientes, pero advirtiendo que si moría el macho se acortaba la existencia de Sempronio, y si moría la hembra se acortaba la existencia de Cornelia. Muy amantes los dos esposos, quería cada cual matar el reptil que aseguraba la existencia ajena y destruía la propia. Cornelia pidió que muriera la hembra para morir ella y dejar á sus hijos con padre. No así el marido, arguyéndose de viejo y notando los pocos años de su hermosa y joven mujer, dijo como debía vivir ésta para dar en su juventud y en su hermosura numerosos romanos á Roma. Inútilmente porfió Cornelia en su empeño y aseguró que si alguna vez á enviudar llegase, no se casaría de nuevo, pues le placía pasar á la historia como esposa de un solo marido. No atendió á razones y menos á súplicas el porfiado Sempronio; mató al macho, y murió él, en consecuencia. Bajo estos símbolos significábase con claridad el amor, el inmenso amor de Sempronio á su mujer. Y lo merecía ésta, porque todos

cuantos desvelos llevó en su vida, todas cuantas vigili-
as tomó en su extraordinario ministerio doméstico y social, redujéronse al mag-
no empeño de ser una buena esposa y una buena madre. De los
doce hijos que tuvo en su matrimonio, solamente le quedaron tres,
Tiberio, Cayo y una hija que unió con Escipión, el segundo Afri-
cano, hijo, en las adopciones romanas, de su propio padre y señor,
el Africano primero. Viuda Cornelia, centuplicóse naturalmente su
afecto maternal, y vivió tan sólo para su prole. Vida tal tuvo tanto
más mérito cuanto que no le faltaron ocasiones múltiples de tornar
á casarse. Entre otros, le pidió la mano el rey egipcio Tolomeo,
brindándole con su amor y con su trono. Intensísimo sacrificio para
matrona de su temple la renuncia de un poder tan alto en imperio
como aquel, que se alzaba orgulloso á las orillas del Nilo, bajo la
dirección de una familia helena, injerta en los generales subsi-
guientes al magno Alejandro; familia tan célebre por su poder como
por su ciencia, según lo mucho que había esgrimido las armas en
cien combates y aventajado las letras con su divina protección.
Rasgos de tal género demuestran las altas virtudes romanas. Aque-
lla mujer prefería la viudez de un censor á la diadema de todo un
Egipto. Educar á los hijos en las virtudes antiguas, dirigirlos al
bien de la patria, industrialos en los altos principios filosóficos,
hacer de todos ellos héroes en el campo, magistrados en el foro,
legisladores en el comicio, grandes ciudadanos, era para Cornelia
mayor satisfacción que vivir á la desembocadura del Nilo, entre
las alamedas misteriosas de palmas y obeliscos, reinando sobre
aquellos desiertos donde los dioses tuvieran su cuna y ejerciendo
desde las alturas del trono autoridad y poder, muy tentadores á
todas las almas y especialmente á las almas como aquella suya,
iluminada siempre por el resplandor de los más esclarecidos pen-
samientos y movida también á las más altas empresas por las más
nobles y las más activas ambiciones. Sus hijos: he ahí toda la pa-
sión de Cornelia. Pero sus hijos no serán para ella, no serán para
su hogar; serán para los combates de la política, serán para el ser-
vicio de la patria. Cornelia no pare hijos, pare ciudadanos. Algo
hay en ella de la mujer lacedemonia, que imponía con orgullo á
sus pequeñuelos una educación regulada por leyes, mediante las
cuales no debían ir al combate sino para recoger la victoria ó la

muerte. Y esta pasión política debe considerarse como una pasión
sobrepuesta por el amor inmenso hacia Roma en la naturaleza ín-
tima y propia y peculiar de Cornelia. Tierna, muy tierna madre,
de haber tenido sus hijos en medio ambiente que no imperara con
tal soberano imperio sobre la mujer y sus facultades, acaso fuese
madre, sólo madre, y guardara para sí, para su amor, para su alma,
para su corazón, á los hijos. Pero había nacido en Roma: la ciudad
quiritaria dominaba su espíritu de mujer y lo convertía en verda-
dero espíritu varonil; el hogar de sus padres hallábase consagrado
por santísimos recuerdos como la conquista de Cerdeña y de Car-
tago; en su familia y consigo vivían los salvadores de Roma; el
término de su campo se dibujaba y señalaba con huesos de márti-
res; el sepulcro de sus mayores despedía una epopeya de sacrosan-
tos recuerdos; por todas partes la gloria militar y política se le-
vantaba imperiosa, y Cornelia no podía, no, sustraerse á la fasci-
nación de todos estos, más ó menos engañosos, pero efectivos y
reales prestigios. Educó, pues, la prole suya para la milicia y para
la política, especialmente para la política, porque había concluído
el maravilloso ciclo de las conquistas romanas. El ciudadano latino
coparticipaba ya del alma de Roma; las legiones de Antíoco ha-
bían dejado sus carros de oro y marfil, donde durmieron sueños
voluptuosos los déspotas, al arbitrio del pueblo rey; la columna
macedónica se había roto como una débil caña; creíanse los con-
quistadores romanos en el desfiladero donde muriera Leonidas
descendientes y no enemigos de los heroicos espartanos; Aníbal,
después de haber tenido á sus pies Roma, buscaba en vano para
morir y sepultarse tierra que no fuese romana; bajo los arcos de
triumfo, sobre las moles de aquella incomparable Vía Sacra, entre
las hileras de templos y sarcófagos, pasaban elefantes con tronos
de marfil en la espalda, camellos con oro acuñado, bueyes que
arrastraban estatuas, cautivos orientales con cadenas de pedrería
en los brazos, monarcas como Prusias, penitentes que se ponían
de hinojos, plegadas las manos y rapado el cráneo, ante las legio-
nes, ó como el hijo de Masinisa, que depositaba su trono líbico á
las plantas del Senado; pueblos como los rodios, pidiendo, cual un
título de honor, el dictado infame de siervos; escritores como Fo-
libio, que alababa los Milciades opuestos á los persas y maldecía

los Milciades opuestos á los romanos, pues Roma no aparecía como una ciudad, aparecía como una diosa, disponiendo á su antojo del cielo y de la tierra.

— ¡Magnífico, magnífico, magnífico! — dijeron los tres interlocutores de Lucano tras esta descripción de la heroína, que creyeron todos por su ciencia descriptiva y por su corte de todo punto épico muy del poeta romano que brillaba en aquel minuto con extraordinario brillo y tenía en su imaginación una heroica epopeya de la libertad y de la República romanas.

— Los deberes se hallan en correlación estrecha con los dones recibidos del cielo — dijo Séneca. — Yo aguardo siempre de los dioses que Nerón oiga mis lecciones, y si no restaura la República por ser intento imposible, gobierne como si en lugar de ser un emperador fuera un magistrado. Pero bueno es hallarse prevenido, muy bueno. Y ya que los dioses te han dado una resonante lira, bueno será que la pulses, Lucano, por la República.

— Vuestros consejos son mandatos. Yo no hago ninguna otra cosa más que trazar cánticos de libertad en mi fantasía. Y para mejor seguir los avisos de vuestra conciencia con las sugerencias de mi espíritu, yo me fijo en el período en que murió la República y quiero cantarlo.

— Pues cántalo, cántalo, cántalo — dijeron por tres veces los tres interlocutores del poeta.

— Lo cantaré mezclando el rayo de sol que despiden vuestras inteligencias, ¡oh Séneca y Persio!, con el rayo de luna que despiden los ojos de mi esposa — y abrazó á Pola.



CAPÍTULO IX

«LA FARSALIA» DE LUCANO

— ¿No te parece, amigo mío — preguntó Persio al poeta épico, — mejor asunto que los postreros días de la República los legendarios de la primitiva Roma? ¿No podría tentar tu corazón y tu fantasía un asunto tal como la persona de Numa, por ejemplo, asunto de toda poesía?

— La verdad es que, según sus aciertos — dijo Séneca, — no parecía por una divinidad aconsejado Numa, parecía una divinidad en persona. De noble nacimiento, de virtuosa familia, de ocupaciones altísimas como son todas las referentes al espíritu, de calma interior procurada por una religión y por una filosofía superiores, amaba sobre todos los estados un estado de paz, y no podía resolverse á dirigir pueblo como el pueblo rey, empeñado en fiar todos sus adelantos y todas sus ventajas al combate continuo, exterminador y horroroso. Así, cuando los enviados de Roma le cercaron y le prometieron la corona de Rómulo, instándole con súplicas, Numa opuso á sus instancias la consideración del enorme trabajo y de las agudas penas que le traerían unos deberes tan altos y tan múltiples, tras los esfuerzos empleados por él en su vida toda para